

ENCUADERNACION MODERNA.
TOPSEN
TELEFONO 3864

37/1000 2689

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

VEREDICTO

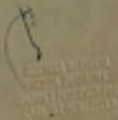
De once (11) trabajos remitidos para el Certamen histórico-literario promovido por esta Corporación con motivo de la conmemoración de la fecha centenaria de la muerte del Libertador, fueron separados como de mayor mérito cinco (5) cuyos títulos son los siguientes: *El trono de Colombia, Fracaso del Libertador como político, El escritor y civilizador, Teorías bolivarianas sobre el Poder Moral y Bolívar, su grandeza en la adversidad.*

Después de suficiente deliberación respecto de sus respectivos méritos, se acordó asignar el premio por votación secreta; y efectuada ésta, resultó premiado el trabajo que lleva por título:

BOLIVAR, SU GRANDEZA EN LA ADVERSIDAD,

cuyo autor resultó ser el señor Ricardo Urbaneja, a quien fué asignado el mencionado Premio.

Dado en Caracas, el 4 de diciembre de 1930.



A la señora Cristina
de Pietrantonio.-

Homenaje de
Ricardo Lebrun

Caracas: 31 de Mayo de 1939.-

Bolívar, su Grandeza en la Adversidad

LA RUECA DEL HADA

La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Vean pues, ustedes, si ha influido o no sobre mi suerte.

BOLÍVAR.

No siempre la adversidad fue signo de fracaso. El pensamiento universal, aleccionado por la experiencia, la consagra, desde los tiempos más remotos de la historia, cual madre y disciplina de héroes. Aparta ella de los sentimientos blandos, de las imágenes voluptuosas, de la vida muelle y enervante. Cuando es duro el lecho e imperioso el deber, el hombre despierta y se levanta al anunciar los gallos la hora del alba.

Si ilustre y generosa—por su abolengo y riquezas—fue la cuna de Bolívar, en cambio, el hada de la adversidad, presente a la hora de su nacimiento, comenzó a tejer, con los hilos de su rueca invisible, la urdimbre de aquella vida, trágica y heroica. En tierna edad, cuando apenas contaba tres años, pierde a su padre don Juan Vicente de Bolívar y Ponte. Extraño pecho vino a dar licor de vida al fiero cachorro, que se agitaba ya violentamente en el regazo de doña Inés Manabeo de Miyares, su primera nodriza. En julio de 1792, mes en que cumplía los nueve años, murió la madre, doña María de la Concepción Palacios y Blanco, y algunos meses más tarde, don Feliciano Palacios, el abuelo bondadoso, patriarcal, que pagaba en dulces y juguetes las travесuras del nieto indómito.

A la edad de dieciseis años—el 19 de enero de 1799—desprendiase Bolívar por vez primera de su patria, a fin de hacer sus estudios en España, y se embarcaba en La Guaira, a bordo del velero San Ildefonso. Atrás, perdida en lontananza, quedaba la tierra nativa, y con ella, los recuerdos de la primera infancia: la amada y melancólica visión de los padres, idos para siempre; las veldades en la casa de San Mateo, donde, a la hora del Angelus, veía llegar silenciosamente, después de la diaria faena, la cuerda de los peones que trabajaban en la hacienda, y que venían en solicitud de don Juan Vicente, el amo querido y respetado. En la paz de aquel tranquilo solar, escuchaba absorto, por las noches, los fantásticos relatos de las hazañas del Tirano Aguirre, mientras, a lo lejos, brillaban intermitentes, entre las copas de los árboles centenarios, aquellos misteriosos fuegos fatuos, que, al decir de los labios tradicionales del negro esclavo, eran el alma misma del Tirano. . . . Atrás quedaron también, unidos al recuerdo de su maestro don Simón Rodríguez, los paseos por el bosque, las cabalgatas en la sabana, las excursiones al lago de Valencia.

El hada de la adversidad iba tejiendo así, en su rueca invisible, el destino milagroso de Simón Bolívar, a quien dejaba, en los años iniciales de la juventud, sin padres, sin abuelos indulgentes, sin calor de hogar, y lejos, muy lejos, del terruño que le vió nacer. Año por año, íbalo arrancando, con desgarrones de dolor, de los supremos afectos que dan ternura a la vida, y que estorban o impiden al hombre de corazón, poseído por los vínculos de familia, avanzar con paso firme y libre por el camino del triunfo político y militar. Ya veremos, siguiendo el curso enigmático del fatum, como de todos los grandes amores que aprisionaron el alma de Bolívar, quedará solo y único, sobre altura eminente, "como un águila batida por la tormenta revolucionaria", el amor a la Patria, que habrá de llevarlo, en su impetu inexorable, al infortunio y a la gloria. Amor violento, absorbente de todas las facultades, vigorizado, hasta el heroísmo, por la adversidad. Porque la adversidad educa el alma de Bolívar para vencer todo obstáculo o elemento extraño que se oponga al propósito fundamental que lo empuja a la acción. Y este triunfo sobre obstáculos y elementos extraños—forjado en choque trágico—prepara, a su vez, la voluntad del Libertador para el más impropio y difícil de vencerse a sí mismo en los últimos años de su existencia, alcanzando así una de las más altas cimas de su grandeza moral.

Pero continuemos, entretanto, ese curso enigmático del fatum, de que antes hablamos. ¿Qué nuevo hilo habían de tejer ahora los dedos infatigables del hada, para conducir, por ignorada senda, los pasos ineluctables de Simón Bolívar?... Un año después de su llegada a España—en el verano de 1800—conoce en las cercanías de Bilbao a María Teresa del Toro y Alaña, hija de don Bernardo Rodríguez del Toro, hermano del Marqués. Enamórase ardientemente de María Teresa, y a la vuelta de un viaje a Francia, se desposa con ella en Madrid, por el año de 1802. Regresa entonces a Venezuela con el intento de establecer su hogar en los Valles de Aragua, bajo la protección tutelar de aquella misma casa de San Mateo—solar de sus antepasados— a la cual prestaban calidez de nido los recuerdos de la infancia. Quería gozar en paz y soledad la embriaguez de su idilio, lejos de las chismografías e intrigas de la pequeña ciudad de Caracas, en que se destacaba él, ante la mirada de todos, por su fortuna e hidalguía. Y como los grandes señores terratenientes de aquellos tiempos, ansiaba contemplar, con ojos ilusionados, “el paisaje ecológico, echado a la falda del cerro verdecido; el cielo, el prado, el río, en un rincón de azul y olvido!”... Pero ignoraba el apasionado amador el nuevo hilo que iba desenvolviendo la invisible rueca, y, lejos de ver realizado su ensueño de fervor y esperanza, contempla muerta—“lleno de dolor, de sorpresa y espanto”—a la paloma del nido, a la mujer hunda y perdurablemente querida, que había intentado arrancarlo de entre las manos del hada.

Años, muchos años después—cuando ya había cumplido su misión providencial—descifraba Bolívar el enigma de aquella muerte: “Sin la muerte de mi mujer —dijo— no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera tomado aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera pública. La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Véan pues, ustedes, si ha influido o no sobre mi suerte”.

A poco de aquella tragedia inolvidable, que le inspira el juramento de no volver a casarse, retorna a Madrid, “cubierto de luto y de dolor”. Lloró silenciosamente entre los brazos paternos de don Bernardo, y

le entrega las reliquias de la amada. Herido por el más acertado pesar, quiere ahogarlo en el tráfico de los viajes, en la agitación de las grandes ciudades, en la embriaguez de un falso placer. Pero mal podía aquella vida de engañosa apariencia, frívola y aturdida, llenar el angustioso vacío que en el alma ardiente del futuro Libertador dejara la pérdida de la romántica novia. Y entonces, del seno caótico de aquel corazón convulsionado, de aquella adversidad sentimental, surge el ideal que había de calmar el dolor, orientar su grandeza, y fijar para siempre la ruta. Ese ideal es la independencia, la libertad de la patria ausente, el cual había de concretarse pronto—"como un índice imperativo"—sobre el Monte Sagrado.

LIBERTADOR O MUERTO

II

Libertador o muerto es mi divisa antigua.
BOLIVAR.

La voz profética, la indomable energía, que se reveló por vez primera en el juramento del Monte Sagrado, alcanzaba su más intensa expresión de grandeza en un vasto escenario dramático, estimulada por la adversidad. "Mi alma—decía Bolívar—necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial". Y así habíase manifestado, desde los comienzos mismos de nuestra magna lucha, en actitud rebelde, dominante, sobre los escombros del terremoto de 1812.

Dos años después de aquel memorable Jueves Santo del 19 de abril de 1810, en que se inicia por un movimiento cívico de la ciudad de Caracas la "gesta emancipadora", sobreviene el pavoroso fenómeno de la naturaleza que deja en ruinas la cuna de nuestra libertad. El 26 de marzo de 1812—Jueves Santo—tiembla la tierra en repetidas conmociones, se abre en enormes grietas, se resquebrajan y vienen al suelo multitud de construcciones, casas particulares, edificios públicos, conventos e iglesias, y sepultan—entre gritos y convulsiones de dolor—más de seis mil personas. No menor número desaparece también sumido en los hondones de las voraces grietas. Por rara coincidencia, es Caracas, entre las ciudades de Venezuela, la que mayormente sufre el choque de la onda destructora. En cambio, las ciudades y provincias que permanecieron fieles a España, quedan casi indemnes.

De esta coincidencia desgraciada, se valen algunos monjes fanáticos, para declamar, sobre parapetos improvisados en las calles y en las plazas de las iglesias, ante una multitud ignorante y pavorizada,

sermone iracundos, amenazadores, en que atribuyen la catástrofe a un castigo del cielo, a un decreto del Dios irac, contra la rebeldía de los patriotas. En la plaza del convento de San Jacinto, un predicador dominicano dice a la muchedumbre:—"De roxillas, desgraciados!... ha llegado la hora del arrepentimiento. El brazo divino ha caído sobre vuestras cabezas, porque habéis insultado a la majestad del Altísimo, al poder del más virtuoso de los monarcas, vuestro señor Fernando VII"—postrada de hinojos, la muchedumbre se dá golpes de pecho, pide, suplicante, perdón al Señor, gracia al Monarca...

De pronto, sobre la oscura mancha de aquella multitud lacrimosa, gemebunda, aplastada por el fanatismo y por el miedo, se irgue la figura avasallante de Bolívar, sube al parapeto improvisado, arranca de aquel cuadro sombrío la figura del monje, y, la espada en alto,—recordando acaso el solemne juramento del Monte Sacro—exclama en un grito de épico coraje:—"Si la naturaleza conspira con el despotismo y se opone a nuestra independencia, contra la naturaleza lucharemos y saldremos vencedora!..." Aquel mismo grito épico debía resonar doce años más tarde, como un eco de perseverante heroísmo, en Pativilca, cuando enfermo y sin recursos, contesta a la desolada interrogación de Mosquera.—¿Qué piensa usted hacer, mi General?, con esta palabra eléctrica: ; Vencer!

Mientras se sucedían estos acontecimientos dolorosos, la población de Venezuela, casi en su totalidad, miraba con creciente aversión la causa patriota, y se apresuraba a alistarse en las banderas del Rey. Las tropas de la República desertaban en masa e iban a engrosar, como innumerables afluentes, el caudal impetuoso del ejército de Monteverde, que avanzaba arrollando, en su corriente incontenible, los diques que se oponían a su marcha. Ante la amenaza de Monteverde, los congresistas que habían declarado la independencia de Venezuela el 5 de Julio de 1811, huyen despavoridos de Valencia y se trasladan a Caracas, en busca de seguro asilo. El 25 de abril, a pesar de la enérgica resistencia del coronel Diego Jalón, ocupa Monteverde la villa de San Carlos.

En tan críticas circunstancias, el Poder Ejecutivo inviste a Miranda, en 26 de abril, con título de Dictador y Generalísimo de los ejércitos de tierra y mar. Asume el Generalísimo la grave responsabilidad de salvar la patria en extremado peligro, y jura, ante los miembros del Poder Ejecutivo, tomar todas las medidas indispensables para

su defensa. Dicta en seguida una ley marcial llamando al servicio de las armas a todos los venezolanos, sin distinción de castas; forma el ejército, compuesto en su mayor parte de reclutas, desprendidos violentamente de sus labores agrícolas; organiza su Estado Mayor, nombra al coronel Carabaño Comandante de Caracas, a de Las Casas en La Guaira, y marcha el primero de mayo sobre Valencia, que, antes de su llegada, había de ocupar Monteverde el día tres.

El coronel Simón Bolívar fué designado por el Generalísimo para la defensa de la plaza de Puerto Cabello. No escapó a su golpe de vista, rápido y certero, la desgraciada posición en que "la rueda de la fortuna" lo situara. Recia era la empresa que se le encomendaba, y débiles e inseguros los elementos de que podía disponer para darle cima. Los oficiales y soldados de la guarnición a su cargo, se contaban entre lo peor. El reclutamiento era imposible. Se agitaba la anarquía. Los habitantes de las cercanías emigraban en masas a la provincia de Coro. En el Castillo, donde se hallaba el parque, custodiado por tropas de dudosa fidelidad, numerosos prisioneros realistas, esperaban en silencio la oportunidad de una sublevación. Y ésta no tardó en presentarse, capitaneada por el traidor Francisco Fernández Vinoni, subteniente del batallón de milicias de Aragua, quien, de acuerdo con los prisioneros que se hallaban en la fortaleza, y seducido por promesas de dinero, se levantó en armas contra su jefe en la tarde del treinta de junio. Acto continuo flameó en las almenas del castillo de San Felipe una bandera encarnada, oyéronse victores a Fernando VII, y comenzó el fuego nutrido del Castillo a caer sobre la ciudad. Al día siguiente, primero de julio, dirige Bolívar a Miranda el siguiente parte:—"Mi General: un oficial indigno del nombre venezolano se ha apoderado del fuerte de San Felipe, con asistencia de los prisioneros que en él se encontraban detenidos, y hacen en este momento un fuego terrible contra la ciudad. Si vuestra Excelencia no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza está perdida. Yo la defenderé hasta más allá de mis fuerzas".

Combate Bolívar con heroica tenacidad, hasta más allá de sus fuerzas, como lo había prometido a su General; acosado por las más agudas preocupaciones, durante seis días de lucha incesante, que lo llevan a un "enajenamiento mortal". En medio a los fuegos continuos del Castillo y de la creciente deserción de sus soldados, espera en vano a Miranda. Quien llega es Monteverde.

En el parte detallado de las operaciones militares de la defensa de Puerto Cabello, escrito con ese "enajenamiento mortal" que se revela a las claras en lo hásto y desmañado del estilo, dice Bolívar al Generalísimo:—"El Coronel Mieres, con el Coronel Jalón y el Capitán Montilla, tuvieron orden de marchar inmediatamente con 200 hombres a atacar al enemigo a San Esteban. Allí encontraron un fuerte cuerpo de curianos, compuesto de infantería y caballería, el cual fué atacado por nosotros, pero con tan desgraciado suceso, que a la media hora de combate sólo pudimos reunir siete hombres; porque los demás fueron muertos, heridos, prisioneros y dispersos; habiendo quedado el Coronel Jalón, que mandaba la derecha, envuelto por los enemigos con el corto número de soldados que le seguían, sin que hayamos podido tener noticia alguna de este benemérito y valeroso oficial cuya pérdida es bien lamentable y costosa.

"Hallándose el Coronel Mieres en esta cruel posición, tomó el partido de retirarse a la plaza, con la guardia que había dejado en el Portachuelo, y por orden mía fué a situarse al fuerte del Trinchérón, en donde había un destacamento de 30 hombres, grande acopio de pertrechos y municiones de boca y guerra, que anticipadamente había hecho almacenar allí para sostenerme en aquel puesto hasta el exterminio, como el más propio para ello, en razón de su fuerte situación y fácil comunicación con el puerto de Borburata, en donde estaban anclados el bergantín Celoso, las lanchas cañoneras y transportes con víveres.

"La ciudad quedó reducida a 40 hombres de guarnición, y, consiguientemente, era imposible se sostuviese contra el Castillo, guarnecido de 200 hombres, y los destacamentos curianos que cubrían ya las avenidas de la plaza. El número de estos destacamentos no es fácil fijarlo, porque sus avanzadas fueron las que derrotaron nuestras partidas, mas yo conjeturo que el enemigo no excedería de 500 hombres.

"Las alturas estaban municionadas para sostener un sitio de tres meses, sobre todo la vigía de Solano que es inexpugnable; sus fuegos, es verdad, son pocos temibles al enemigo, por ser demasiado fijantes, pero podría servir de padrastró contra la plaza y favorable a nosotros cuando volviéramos a tomar aquella ciudad. El comandante de aquellas alturas era el teniente Coronel Garcés, hombre reputado por un respectable ciudadano, y el corifeo de los militares de la clase de patriotas, amado de éstos, y estrechamente ligado con los que se dicen patriotas. Por estas consideraciones, y saber yo evidentemente que si le despo-

jaba del mando de aquel puesto se aumentaría el embarazo en que me hallaba para defender la plaza, juzgué prudente conservarlo en él en lugar de quitárselo. Nada deseaba yo tanto como encerrarme en aquella fortaleza para sepultarme entre sus ruinas; pero, ¿con qué tropas podría ejecutar resolución tan gloriosa? No las tenía, al contrario, estaba rodeado de soldados llenos de pavor, y, consiguientemente, prontos a la infidencia y desertión.

“En la mañana del 5, ya mi situación era tan desesperada que nadie juzgaba pudiese mejorarse, y por esta causa me instaban de todas partes para que tratase de proporcionarme una retirada, aunque sólo fuese para mi persona y Plana Mayor. Sin embargo, mi resolución no varió jamás un punto, de batirme hasta que hubiese un soldado. Para esto di orden al mayor de plaza Campos para que mantuviese el fuego y sostuviese la ciudad hasta el extremo; que yo, por mi parte, molestaría al enemigo en el campo y ciudad exterior, con las alturas y el Trincherón.

“El día 6, al amanecer, tuve la noticia de que la ciudad acababa de capitular, y de que el coronel Rafael Martínez oficiaba al comandante de las alturas para que signiese la suerte de la ciudad. En este estado traté de hacer un reconocimiento de la derecha del Trincherón para observar si podría ser atacado por el frente y espalda. Yo fui en persona a hacer este reconocimiento y aún no había concluido esta operación, cuando ya se habían desertado los pocos soldados que cubrían el Trincherón, pues la noche antes habíamos perdido muchos de ellos, además los capitanes Figueroa y Rosales capitularon por cobardes con el enemigo y entregaron el fuerte, sin consultar a otros jefes superiores que había en él y sus inmediaciones.

“El Coronel Mires, tenientes coroneles Carabaño y Aymerich, capitán Montilla, el comandante de ingenieros capitán Bujanda, mi secretario Rivas y dos oficiales más, se vieron solos y vinieron a la plaza de Horburata a embarcarse en el Celoso, pudiendo por fortuna, y a riesgo de nuestra libertad, embarcar los pertrechos que teníamos y los víveres que poseíamos, teniendo, por desgracia, que dejar dos obuses de bronce por falta de quien los condujese a la plaza.

“En fin mi General, yo me embarqué con mi plana mayor a las nueve de la mañana, abandonado de todo el mundo y seguido sólo de ocho oficiales, que después de haber presentado su pecho a la muerte y sufrido pacientemente las privaciones más crueles, han vuelto al seno

de la Patria a contribuir a la salvación del Estado y a cubrirse de la gloria de vuestras armas.

"En cuanto a mí yo he cumplido con mi deber; y aunque se ha perdido la plaza de Puerto Cabello, yo soy inculpable y he salvado mi honor. ¡Ojalá no hubiera salvado mi vida y la hubiera dejado bajo los escombros de una ciudad que debió ser el último asilo de la libertad y de la gloria de Venezuela!"

El mismo día seis de julio—perdida ya la plaza de Puerto Cabello—se embarcaba Bolívar en Borburata, a bordo del bergantín *Celoso*, que desplegó velas con rumbo a La Guaira. Venía cabizbajo, agotado por el cansancio físico y moral, humillado por aquel ruidoso fracaso que lo hería en lo íntimo del alma, al iniciar su vida pública. El espectáculo de La Guaira en ruinas conmueve su imaginación, embargada por la desgracia, y hace aún más cruda la impresión de la derrota. Ya en Caracas, escribe a Miranda con fecha catorce de julio:— "Mi cabeza, mi corazón, no están para nada. Así suplico a Usted me permita un intervalo de poquitos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario... Después de haber perdido la última y la mejor plaza del Estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general?... ¡De gracia no me obligue usted a verle la cara! Yo no soy culpable; por hoy desgraciado y basta"... ¡Cuánto hubiera agradecido aquel grande espíritu—entonces ignorado—víctima, no de la propia culpa, sino de la conspiración de los traidores y de los desertores, una palabra de consuelo!... ¡Como lo hubiera conmovido una mirada siquiera de aliento y exculpación!... Pero Miranda, que jamás lo comprendió, no tuvo para con él un destello de bondad, ni aún de elemental justicia. Y la dura actitud del Dictador vino a lastimar cruelmente la herida de aquel corazón que sangraba. Oficialetes vulgares, de inteligencia turbia y entraña envidiosa, circulaban, en la sombra de los conciliábulos, la punzante inculpación del Generalísimo; la divulgaban con esa voluptuosidad, con esa zaña perversa, que lleva la mano de los granujas a trazar una raya de carbón sobre la blanca fachada recién construida. Porque más hiriente que la violencia de los grandes es el escarnio de los pequeños. No sé por qué la historia no ha estudiado hondamente el sentido psicológico de esta tragedia. No sé por qué no ha detenido su antorcha ante esta estación dolorosa de la vida del Libertador. Fue tanta la sangre que manó de aquella herida, que sólo vino a restañarse siete años más tarde, cuando, triunfador en

Boyacá, contó entre sus prisioneros de guerra, acaso por decreto del destino, al traidor Francisco Fernández Vinoni, el mismo que en 1812 había sublevado el castillo de Puerto Cabello, y cuyo cuerpo osciló rígido en la horca de Boyacá, como el péndulo de un reloj que marcara la hora de la justicia.

Pero, mientras tanto, ¿en qué pensaba el Dictador?... Pensaba en capitular ante las huestes invasoras de Monteverde. No por traición a la Patria, como clamaban, en su violenta injusticia, las pasiones exaltadas de sus subalternos, sino por depresión moral, por nostálgico abatimiento, por angustiosa impaciencia de respirar nuevamente los aires de Europa. "Venezuela está herida en el corazón", exclamó el Generalísimo al saber la noticia de la pérdida de Puerto Cabello. Pero quien estaba herido en el corazón era él, soberbio de heroísmo en otros años y en otro ambiente: pero desorientado y triste, desprovisto de perseverancia y de energía imperativa entre nuestros ásperos montes y abigarrados reclutas. Por ello, en el mismo campo de San Mateo, donde triunfó Bolívar contra Boves, capituló Miranda frente a Monteverde.

El audaz y afortunado canario violó pronto aquella capitulación —firmada el 25 de julio— que le entregaba, en mala hora para la patria, un ejército de seis mil hombres, provisto de parque, y todo un país, generoso en recursos, cuya reconquista tanta sangre debería costar. A los pocos días de su entrada triunfal en Caracas, dió principio Monteverde a su persecución contra los patriotas. Sus hogares fueron allanados, vejadas sus hijas y sus esposas, y ellos, cargados de cadenas, quedaron humillados en las mazmorras de La Guaira y Puerto Cabello. Miranda, prisionero del falaz aventurero, fué remitido a la fortaleza de la Carraca, y allí murió, glorificado por el martirio, el año de 1816. En cuanto al Coronel Simón Bolívar, pudo lograr de Monteverde, gracias a la influencia de su amigo y protector el español don Francisco Iturbe, un pasaporte que le permitió embarcarse para la isla de Curazao:—"Vamos, dijo don Francisco al Pacificador, no haga usted caso de este calavera. Dele usted el pasaporte y que se vaya". . .

A bordo de la goleta española "Jesús, María y José", que había sido fletada en La Guaira, llega Bolívar a Curazao, después de siete días de tempestuosa navegación, el dos de setiembre de aquel año 12. A despecho de tan prolongados pesares y de tantas fatigas e infortunios, que lo abismaran en esa "enagenación mortal" de que hablara a Mi-

randa, su indómita voluntad se despiereza en un despertar de convalecencia, ya que su dinámica espiritual se caracteriza por inmediatas y vigorosas reacciones, tras el dolor de cada fracaso:— “Como el hombre de bien y de valor —escribe a su amigo don Francisco Iturbe, desde Curazao— debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia y ven con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie sino mi conciencia. Esta se encuentra tranquila y así no la inquieta cosa alguna. ¿Qué importa tener o no tener cosas superfíneas? Lo necesario nunca falta para alimentar la vida. Jamás falta un amigo compasivo que nos socorra, y el socorro de un amigo no puede ser nunca vergonzoso recibirlo. . . . Amigo Iturbe: usted cuente con la amistad reconocida de Bolívar. Cuente usted que una época trae otra; que los beneficios que se hacen hoy, se reciben mañana. . . .”

Breve tiempo trascurre. Ya en plena reacción de sus fuerzas espirituales; ambicioso el propósito, fascinante la mirada, bríosa la mano para empuñar la rienda, llega Bolívar, peregrino de la Libertad, a tierras de Nueva Granada. “Yo soy, Granadino—les dice—un hijo de la infeliz Caracas”. Condotiero juvenil y heroico, sin más tesoros que su genio y su esperanza, viene a ofrecer su espada a sus hermanos de Colombia, a cambio de una mesnada para dar libertad a su Patria, de nuevo entre cadenas. En cortos días, arranca del yugo opresor las provincias de Cartagena, Santa Marta, Pamplona, y, ya triunfador en la campaña del Nuevo Reyno, invade a Venezuela—a pesar de las reiteradas intrigas de Castillo—el primero de marzo de 1813, a la cabeza de cuatrocientos soldados. Vence donde quiera que encuentra ejércitos que se opongan a su paso—en La Grita, en Harquisimeto, en Taguanes—y el seis de agosto, entre las palmas y losannas de su pueblo, entra a la ciudad de Caracas. Luego, aquel paso de vencedores sigue su marcha triunfal a través de los campos de Hábula, Trincheras, Vígirima! . . .

Pero corren apenas cinco meses, y con el año de 1814—;año terrible!—asoma de nuevo, en la vasta desolación de la llanura, la estrella de la adversidad. Es la lanza de Boves y el tumulto invasor de sus centauros, que, en tremendas avalanchas, como las hordas de Atila, inundan las regiones del centro, y vienen a chocar, en bárbaro ímpetu, contra el pecho del Libertador. Por singular paradoja, Bolívar, adalid de la República y de las ideas liberales, representa en San Mateo y en

la Puerta el espíritu conservador y los fueros de la aristocracia intelectual y social, mientras que Boves, caudillo de la Monarquía, es el conductor de la primera revolución popular de Venezuela. Vamos, pues, a presenciar el encuentro formidable de estas dos corrientes, opuestas y arrastrantes.

Fue víctima Bolívar, en 1814, más que del ímpetu y de los ardides de Boves, de la tosuda hostilidad de los pueblos de Venezuela; de la tardanza, acaso intencionada, del General Mariño en prestar sus valiosos auxilios, y, en la estrategia militar, de un movimiento envolvente, que no fueron bastantes a contener los triunfos de Rivas en La Victoria y Ocumare, ni los del mismo Bolívar en San Mateo y Carabobo.

Entre estas efímeras victorias, bien merece una digresión la que alcanzó Bolívar en el campo de San Mateo, patrimonio de sus abuelos. El ardiente volcán de la batalla estalló en aquel mismo tranquilo solar, donde, en los primeros años de su infancia, escuchara absorto, por las noches, los fantásticos relatos de las hazañas del Tirano Aguirre, mientras a lo lejos, brillaban intermitentes, sobre las copas de los árboles centenarios, aquellos misteriosos fuegos fatuos, que, al decir de los labios tradicionales del negro esclavo, eran el alma misota del Tirano. Ahora, a través del tiempo, ya hombre maduro y caudillo de pueblos, le aparecía de nuevo, en el mismo punto y lugar, el alma del legendario Tirano, no en forma de misteriosos fuegos fatuos, sino encarnada en la recia corpulencia de Boves, que pudiera llamarse—como el Rey de los Hunos—el Azote de Dios.

“La tradición espantada—dice Juan Vicente González—conserva el retrato de este bárbaro: de cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos verdes y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las del ave de rapiña. Su cuello, que tiraba hacia atrás, y sus miradas, que concentraba a veces, y a veces paseaba con inquieta curiosidad, daban a sus movimientos aquel imperio y fiereza de que no les fue dado eximirse a sus mismos superiores. . . . El no tenía de esas palabras enfáticas de calculado efecto, que usan sus semejantes, ni tronaba en una tempestad de amenazas crueles. Frio como el acero, altivo como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia por los pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos”.

Bolívar, su contendor, era, por el contrario, un caballero de abolengo ilustre, nacido en el seno de la opulencia y educado en el

fino ambiente de los salones europeos: Filósofo, héroe y poeta, como los antiguos atenienses. Eregente en el ejercicio de la autoridad absoluta, como Pisitrato; alegre y voluptuoso en sus mejores tiempos, como Alcibiades; orador y hombre de estado, como Pericles. Empuñaba en una mano la espada del conquistador, y, en la otra, las flechas de Eros... Alta la frente, negros y ardientes los ojos, risueño el semblante, como un joven dios. Pero a la hora del combate, la sonrisa naufragaba bajo el oleaje tempestuoso de las arrugas de aquella frente y del relampaguear de la mirada. El labio inferior, de ordinario grueso y saliente, avanzaba aún más en un gesto iracundo de reto.

Así lo encuentra Boves en San Mateo. Firme en el centro, que es el corazón de su ejército y el punto de resistencia, avizorando, con su mirar de águila, el ala derecha para triunfar, y el ala izquierda para perseguir y rematar el triunfo. "Boves, dice don Eduardo Blanco en su "Venezuela Heroica", enardece a los suyos con el ejemplo de su arrojo. En medio del fuego que destroza sus filas, se divisa aquel atleta formidable, sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines, como visión terrible. A la cabeza de sus compactos escuadrones carga personalmente con indecible empuje, quiebra sus lanzas en las groseras palizadas que resguardan el centro de los republicanos, repliega destrozado y frenético, carga de nuevo con inaudita audacia y fatiga con sus rudos ataques la esforzada resistencia de nuestros batallones... Con el prestigioso ascendiente de su palabra y de su imperturbable serenidad alienta el Libertador a sus soldados. Acude a todas partes donde la lucha se trava con encarnizamiento; aplaude, anima, premia con frases lisongeras el valor y la constancia de sus acribillados batallones, los lleva al fuego con impávida calma y rechaza en persona las más terribles cargas que les dá el enemigo".

Las acometidas de los escuadrones de Boves, como las olas de un mar atormentado, chocaban de continuo contra la granítica resistencia de los patriotas, se revolvían enrespadas, e iban a morir a las plantas del feroz caudillo. Pero de pronto, una de aquellas olas humanas invade la casa del Ingenio, donde se guarda el parque, bajo la custodia del neogranadino Ricaurte. Los audaces invasores lanzan ya un grito de victoria. Bolívar, viendo inminente la derrota, manda que desensillen su caballo, y, cruzándose de brazos, dice a sus soldados: "Aquí, entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero"... La pérdida del parque es el triunfo de Boves. Así lo comprende el heroico Ri-

caurte. Dá orden a sus compañeros de que lu dejen solo, y, armándose de una pistola, dispara sobre los barriles de pólvora, y vuela con los enemigos de la Patria.

En la épica exaltación de aquella lucha exasperada, absorto en el fragor del diario combatir, frente a las lanzas rabiosas de los llaneros, pensaba el Libertador, con afecto filial, en la salvación de Caracas, su ciudad nativa, a la que amaba entrañablemente. "Por Caracas—decía en 1826—he servido al Perú; por Caracas he servido a Venezuela; por Caracas he servido a Colombia; por Caracas he servido a Bolivia; por Caracas he servido al Nuevo Mundo y a la libertad". . . . Y la inspiración de aquel amor entrañable, hizo fulgurar en su mano la espada terrible del Arcángel. "En calidad de hijo, añadía, deho dar mi vida y mi alma por mi madre".

Nunca fue tan sostenida, tan resistente, la voluntad de vencer, en el alma de Bolívar, como en aquel pavoroso año de 14, en que se destaca su grandeza en una sucesión de cuadros dantescos. Nuestra sensibilidad contenida de escritores modernos, aficionada al análisis, a la visión serena, al estilo sobrio, purgado de hipérboles, se mira, sin embargo, avasallada por el ambiente épico, profundamente romántico, de aquella empresa y de aquellos hombres. Porque hija del Romantismo fue la revolución de nuestra Independencia y románticos fueron sus actores. Para comprenderlos en su genuina significación, para sentirlos como fueron, para traducir, en fin, su realidad histórica, hemos de ser románticos por comprensiva simpatía y no podemos sustraernos de recargar los puntos de la pluma, siquiera a ratos, con generosas hipérboles. Por ello han de ser perdurables las páginas que, sobre nuestra guerra de emancipación, trazó la pluma arrogante y encrespada de don Eduardo Blanco. Por su ingénita sensibilidad y por la escuela literaria en que se formó, era él singularmente apto para sonar la trompa épica; para pintar, a golpes de brocha, abundantes de colorido, los grandes frescos de nuestro poema heroico.

Uno de los héroes de ese poema fue Boyes. Héroe del mal, si puede decirse, cuya siniestra figura se agiganta, al resplandor de la hoguera revolucionaria. Rasgo saliente de su vida militar es la rapidez con que se reorganiza después de la derrota. Cuando huye del campo de San Mateo y se pierde en el horizonte de los llanos, es para rehacerse y aparecer de nuevo en el Centro, "como visión terrible, sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines"; a la cabeza de

sus compactos pelotones, erizados de lanzas. Ahora es en La Puerta—sitio desgraciado para los patriotas—donde ha de librarse el combate.

"El anuncio de la venida de Boves—dice Duarte Level en su libro "Historia Patria"—fué como la trompeta del juicio final: el terror, como onda eléctrica, corrió por los valles de Aragua y lo que hoy se llama Carabobo, y vino a Caracas; las poblaciones emigraban en masa hacia Valencia y la capital, entonando letanías por el camino, como para hacer más pavoroso aquel cuadro de desolación... En su tránsito, Bolívar hubo más de una vez de detenerse para dejar pasar aquellas procesiones de la desgracia, que le miraban con ojos espantados, en que iba mezclada la esperanza con el reproche de ser el autor de tan tremenda calamidad".

El mismo historiador, en la obra antes citada, hace una descripción, detallada y precisa, de aquella inolvidable batalla de La Puerta, la más dolorosa para la causa de la libertad, y de cuya descripción magistral, vamos a espiar los párrafos sustanciales:—"Boves ocupó la quebrada de La Puerta y la llanura, dejando libre la entrada por el camino de Villa de Cura; extendió su infantería, apoyada en la quebrada, ocultó parte de su caballería en las sinuosidades de la planicie y el grueso principal lo situó en la sabana, a su retaguardia. Mariño ocupó la entrada, pasó el Semen y guarneció las alturas del paso; en el abra del camino colocó a Aragua, la artillería en las colinas de la izquierda y apoyada en ésta y las de la derecha, situó el resto de la infantería, mientras la caballería fué puesta en los montes a la izquierda del camino. Como posición defensiva la ocupada por Mariño era excelente, porque no podía ser flanqueada, era difícil la entrada de frente, e inutilizaba la caballería enemiga, por falta de campo donde evolucionar. Boves, con buen golpe de vista resolvió atraerlo a la llanura, para tenerlo a merced de sus lanceros y su plan de batalla fué conducente a este fin.

"Al saber Bolívar que Boves se acercaba, resolvió venir personalmente al teatro de la guerra. Comprendía que allí se iban a decidir los destinos de la patria, y era necesaria una victoria para galvanizar el cadáver de la República y la gloria de su caudillo... En la mañana del 15 de junio llegó al campamento (cuando ya estaba empeñado el combate, según afirma Austria) acompañado de sus secretarios y Estado Mayor, y se hizo cargo del Ejército..."

"Rotos los fuegos, la infantería realista avanzó resueltamente sobre el batallón Aragua, que sostuvo el choque formado en columna. Las montoneras de Boves se estrellaban contra el disciplinado batallón, y retrocedían para volver a la carga con más furia. La artillería haría la llanura y obligaba a los realistas a replegar a su resguardada posición. Carga López con sus Cazadores y llega cerca de la artillería; pero se vió obligado a retroceder, dejando tendida gran parte de su afamada tropa. Bolívar vió ganada la batalla y ordenó una carga de la caballería. Esta fue débil, indecisa, y sin resultado. Si hubiera cargado de firme se habría descubierto el plan de Boves. Impaciente el Libertador ordena una carga general, y cae en el lazo tendido por su enemigo.

"Marcha Aragua de frente y se le ordena desplegarse en alas para abrasar la llanura, síguete Barcelona en columna, cerrando el flanco izquierdo de los patriotas, a tiempo que Cumaná toma el lado derecho. Al llegar a la quebrada de La Puerta, el enemigo se hace firme en la loma que está detrás de ella. Al mismo tiempo surgen tres grandes cuerpos de caballería realista y caen a la sabana inesperadamente entrando por el flanco izquierdo patriota y cargando sobre la caballería enemiga que sólo piensa en salvarse. Rápidamente intenta resistirle Barcelona, pero sucumbe cogido entre dos nuasas de lanceros. Aragua, empeñado en romper el frente, es a su vez atacado por un costado; su extensa formación le impide oponer seria resistencia y desaparece bajo las patas de los caballos de Boves; el pánico se apodera de los patriotas y todos piensan en huir. La artillería cae en manos de los contrarios, felizmente ya agotados los pertrechos. Monagas y Celeño, apenas con un centenar de ginetes, salen camino de Villa de Cura.

"Mientras esto pasaba Cumaná se forma en cuadro, apoyado en una ondulación del terreno, teniendo a su retaguardia el Guárico. Boves ordena su destrucción: aquel duelo a muerte concentra la atención del ejército español y se suspende la persecución de los fugitivos; rechazados los ginetes españoles, el batallón emprende su retirada en correcta formación. Aquel cuerpo así perdido entre el bosque de lanzas enemigas, marchando sereno al sacrificio y agrupado al pié de su bandera, era la imagen de la Patria coronada por el mártirio; del humo de sus fuegos salía el incienso de la inmortalidad; sus divisas amarillas, brillaban con los rayos de un sol de verano y semejaban dorados laureles que ornaban la frente de aquellos héroes: sembrado quedaba

el camino que llevaba con los cadáveres de los que caían, y al avanzar pisaba los muertos españoles que dejaba el enemigo en las repetidas cargas. En vano esperó un amago siquiera de nuestra caballería: cuando se acabaron los pertrechos, Cumaná hincó rodilla en tierra y resolvió vender cara la vida. Asaltado por dos cuerpos de caballería, fué roto el cuadro y consumose el sacrificio. Freites, viéndolo todo perdido, se levanta la tapa de los sesos, y cae al pié de su bandera. Los realistas respetaron su cadáver y López le hizo dar sepultura.

"Bolívar hace recaer la culpa de este desastre sobre la caballería y dice a Ribas horas después lo siguiente:—"A las dos de la tarde de este día ha huído cobardemente nuestra caballería en la acción de La Puerta.... La infantería se ha batido como acostumbra, divinamente.... De cuantos golpes ha recibido la Patria, ninguno es más pequeño que éste, pero ninguno es más fatal".

Disipado apenas el humo de los últimos disparos, marcha Bolívar hacia Caracas, con ánimo de proteger a la ciudad Capital. Se detiene breves momentos en La Victoria, sin más compañía que un grupo de fugitivos, y dicta allí las órdenes que juzga de urgencia: a la guarnición de Puerto Cabello, que resista; a Urdaneta, que se repliegue a Valencia; a Rivas, que prepare la defensa de Caracas. Entretanto, picula vivamente su retaguardia el capitán Ramón González, a la cabeza de 1.500 hombres, que azuzara Boves, desde La Puerta, en su persecución, cual feroz jauría ávida de caza, borracha de soberbia y de sangre humana. Aquella jauría hubiera invadido, desde luego, la capital, si el Libertador, con su habitual celeridad, no despacha inmediatamente a José Félix Ribas, quien, al mando de una columna de cuatrocientos infantes, detuvo el avance enemigo en "Las Cocuyzas"; pero como este continuara a poco, envolviendo el escaso número de fuerzas que se oponían a su paso, una nueva resistencia de los patriotas logra paralizarlo en Antúmano, a las puertas mismas de la capital. Mas, en apoyo de esta vanguardia invasora, llegan a El Valle las huestes de Machado, más temibles que las primeras, y se hace ya imposible la defensa, por carencia de hombres, de pertrechos, de alimentos. No había tiempo que perder. Se imponía una decisión inmediata. En la zozobra de la tempestad, volvían todos la mirada suplicante hacia la estrella del Libertador, que, entre las sombras, brillaba aún con más intensidad.

En la noche del seis de julio se decide el abandono de la ciudad, no sin consulta y madura reflexión, a pesar de lo apremiante de las

circunstancias. Se intentaba una reorganización militar en las provincias de Oriente.

"Un bando vino al fin a anunciar a la aterrada población que había llegado la hora del éxodo". En aquella retirada, contaba el Libertador sólo con dos mil hombres. "A oriente!... A oriente!... —les decía— a reparar nuestros desastres y a proseguir luchando".

"El siete de julio de 1814—refiere Mariano de Briceño en la "Historia de la isla de Margarita"—como seis mil individuos, muchos pertenecientes a la sociedad más florida de Caracas, se precipitaron a emigrar por la vía del Este, llevando en perspectiva el tránsito de la montaña de Capaya en estación lluviosa y la costa tórrida del mar, con dirección a Barcelona.

"El Arzobispo Coll y Prat, aunque tarde, pudo lograr que muchas familias quedaran en sus casas.

"Bolívar y Ribas, con los restos salvados de sus tropas, precedían la numerosa emigración. Las seguían en horrible confusión, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, sanos y enfermos.

"Como una legua, en el camino de Guarenas, ocupaban las compactas masas de los prófugos, a pie los más, los menos a caballo, y algunos transportados en hamacas.

"La emigración comenzaba a dejar en el camino algunos rezagados por enfermedad o por cansancio, cuando tropezó con la montaña de Capaya, cuyo tránsito en la estación lluviosa aflige a los más prácticos viajeros, por sus profundos barrizales y sus resbaladizos escarpados.

"Desde la montaña de Capaya en adelante subieron de punto los padecimientos de los emigrados, porque después tuvieron que pasar por los ardientes areales de la Laguna de Tacarigua y del Unare... No todos conseguían ya alimento. La misma carne, repartida por ración, se comía sin sal... Los que no morían de sed o de cansancio, perecían por la fiebre intermitente, propia de los lugares insalubres de aquel trayecto. Nacían niños bajo la bóveda del cielo, que pasaban inmediatamente a mejor vida. Una madre, ya cadáver, fué hallada con su hijo, vivo todavía, que solicitaba en vano el alimento de su seno helado. Algunas de estas criaturas fueron recogidas por los curas de los pueblos del tránsito. Se conserva la memoria de dos que uno de esos curas salvó de la muerte por haberlas tomado del camino, en donde los zamuros habían maltratado los ojos a una de ellas.

"Una madre, en la desesperación que le causó ver a su hijo pereciendo por falta de alimento, lo arrojó al mar. El delirio de este acto hubo de convertirse en locura cuando vió llegar más tarde al padre con algunas provisiones obtenidas con mil dificultades. Viéronse cada vera que transportaron en bestias los dolientes para darle piadosa sepultura".

Ocho mil soldados, empujados por el feroz Morales, venían en pos de aquella dolorosa peregrinación, que, en la densa obscuridad que la envolvía, no desviaba un momento los ojos de la espada fulgurante de su Caudillo, tendida hacia la tierra donde nace el sol. Pero toda esperanza era vana, mientras no se extinguiera en el pasado el año de 1814. Nube sombría apagaba la luz del sol de oriente, y aún más cruentos fracasos para las banderas de la Patria preparaban "los designios inexcrutables de la Providencia".

Llega, por fin, aquel ejército, único protector de la emigración, a la villa de Aragua de Barcelona, en el mes de agosto; y allí recibe el auxilio de setecientos hombres de infantería y trescientos de caballería, enviados por Mariño a las órdenes de Bermúdez, a quien designa Bolívar, obligado por las circunstancias, con el nombramiento de Segundo Jefe de las tropas libertadoras.

Sitúanse éstas, en formación de batalla, entre la ribera del Aragua y el pueblo del mismo nombre, apostado al norte y en la margen derecha del río, cuyo paso debían impedir, según el plan del Libertador. Pero Bermúdez, siempre rebelde, opinaba que se abandonara la defensa de aquel paso y se atrincherase el ejército en las calles de la población, lo que venía a anular la acción de la caballería patriota, que era fuerza impetuosa y aguerrida...

Oíase ya el sordo rumor de las bandas llaneras de Morales que avanzaban por el camino real hacia el cruce del río. Bolívar espera, escuchando quizás un doloroso presentimiento, en reposada actitud de defensa. Soldados y oficiales, ignoran las voces misteriosas que hablan al oído ultraterreno de su Jefe y laceran esta vez su corazón. Aguardan serenos, y aún creen en la victoria... El rumor se hace cada vez más cercano, más fuerte y prolongado, hasta que aparece Morales, rodeado de lanceros, en el campo de pelea. La acción es sangrienta, rápida y decisiva. Ordena Morales un ataque simultáneo de su caballería y de su infantería. A la voz de su General, ginetes e infantes arrancan, veloces, en briosos y cer-

tera acometida. Los ginetes flanquean un paso del río que había desguarnecido Bermúdez, y todos, a una voz, penetran en el pueblo. Los patriotas venise entonces obligados a parapetarse en las estrechas calles, y allí luchan cuerpo a cuerpo, con angustiosa furia, enredados entre los cascotes de los potros llaneros, hasta que, ya sin elementos y sin esperanza, se agitan en una resistencia heroica. . . . Aquí, en esta sangrienta hrega de la villa de Aragua, murió aquel valiente a quien llamaban "Tigre Encaramado", y de quien cuenta la tradición que entraba en pelea llevándolo entre los dientes las riendas de su caballo y entre las manos un par de lanzas.

Después de esta nueva derruta, Bolívar se dirige a Cumaná y Bermúdez toma el camino de Maturín. Ya en Cumaná, celebra, en 25 de agosto, un consejo militar, al cual asisten Marino, Ribas y Piar. Acuerdan en él, por unanimidad, prescindir de toda operación en Barcelona; y en cuanto a la dirección de la próxima campaña, opinan Bolívar y Marino replegarse a Güirica, en cuyo punto podrían recibir auxilios de la vecina isla de Trinidad; pero Ribas y Piar, cuyo dictamen prevalece en aquel consejo, deciden llevar la guerra a la región de Maturín, adonde se fuera Bermúdez. Así las cosas, reciben Bolívar y Marino la noticia de que el italiano Bianchi, jefe de la escuadrilla republicana, se hacía a la vela con rumbo a Margarita, llevándose el tesoro que cedieran las iglesias de Caracas, y que era, por entonces, el sólo recurso con que contaban los patriotas para reorganizar nuevos ejércitos. Se embarcan ambos jefes inmediatamente para dicha isla, logran dar alcance al aventurero, y, más que con airadas amenazas, puede Bolívar persuadirlo con su invencible, maravillosa elocuencia. Restituye Bianchi las dos terceras partes de las alhajas y todo el parque, que pone a disposición del gobierno de Margarita, más dos barcos, el *Arrogante* y la *Culebra*, a cuyo bordo vienen a Carúpano con intento de ponerse de nuevo al frente del ejército para proseguir sus actividades, ajustándose al programa adoptado en el consejo, aunque no mereciera aquel su aprobación. Pero Ribas y Bermúdez, que durante la ausencia de los jefes superiores, se habían alzado con el mando, declaran a Bolívar desertor y Ribas lo hace preso—igual que a Marino— a su llegada a Carúpano. En tan angustiosa situación, consiguen ambos volver a la guarnición que los custodia, trepan las escalas de la *Arrogante*, que permanecía anclada en el puerto, y, ya libres, escapan en compañía de algunos oficiales, con dirección a Cartagena.

El hombre providencial de América, caído una vez más en ruidoso fracaso, había sufrido la pena de la prisión y del insulto. Todas las inculpaciones subían hasta él, y nadie paraba mientes en la virtud de su genio, en la abnegación de su heroísmo. El criterio del éxito, alentado por la envidia, vomitaba sus injurias. Sin respeto a su inmenso talento, se le acusaba de "atolondrada conducta"; de haber despreciado "los consejos eventuales que se le propusieron para las deliberaciones graves o arduas en todos los ramos"; de "no haber dado ningún gobierno a los pueblos de Venezuela en los once meses de su mando"; de "su ningún tino en las elecciones de funcionarios"; de la ligereza con que después de las campañas, "volvía a las capitales a recibir incienso y pueriles obsequios, del "inaudito e impolitico medio de levantar en muy pocas horas la población en masa, y estrecharla a una emigración general, para la que apenas se habían tomado providencias que la hubieran hecho soportable a él solo con su comitiva". De haber querido llevar a cabo sus proyectos "por bárbaros y disparatados que fuesen". "La sangre de tantos venezolanos—proseguían los acusadores—la orfandad de tantos niños y las lágrimas de tantas viudas, piden el castigo de este aturdido joven". En fin, la sola y única aptitud que le reconocían explícitamente era la honradez personal en el manejo de los fondos públicos!...

Pero ni la envidia, ni la incomprensión, ni los mezquinos rumores de intriga y descrédito que gruñían a distancia, eran bastantes a abatir el ánimo fiero de Simón Bolívar. Bastábale con la conciencia de su poderosa personalidad y con la íntima confianza en su porvenir. Por ello, cuando desconocido y ultrajado por los suyos—aún por sus más próximos familiares como Ribas—vióse hundido en estrecha prisión, águila como era, batió sus alas caudales, rompiendo los barrotes de la jaula que lo esclavizaba, y se alzó en tendido vuelo, "arrullado por el trueno del mar", hacia otros horizontes. Pero aquí, en el propio horizonte de la patria, quedaban revolando algunos aguiluchos, en espera del retorno del águila. Deseminados en las llanuras, mantuviéronse en perseverante rebeldía, preparando de esta suerte el resurgimiento de la libertad. Eran José Tadeo y José Gregorio Monagas en los llanos de Barcelona; Manuel Cedeño en Caicara; Pedro Zaraza en el Guárico; José Antonio Páez en Casanare y el Apure... Sin "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas", cada quien hizo la

guerra como pudo—a su cuenta y riesgo—como en la España de la Reconquista.

Y si la causa de la Independencia se perdió en 1812 por la sostenida hostilidad de la gran mayoría de los venezolanos y por la irreprimible nostalgia que abatió el coraje del Generalísimo Miranda, en 1814 obedece principalmente su iracundo a la anarquía de los caudillos patriotas, representada por los generales Ribas, Mariño, Bermúdez y Piar. Y la cual no habría de tener fin, sino con el fusilamiento del terrible vencedor del Juncal y de San Félix en 1817, y, más que todo, con el éxito de la campaña de Nueva Granada en 1819, que hizo indientible, en toda Venezuela, la autoridad militar del Libertador.

El reconocimiento unánime de esa autoridad era condición absoluta, base y sustento de la independencia americana. Pero aún no era tiempo. La adversidad continuaba en vigilia, para combinar, a su guiso, el mecanismo de los acontecimientos. Era preciso luchar más, mucho más todavía, y Bolívar, "cual nuevo Anteo, remozaba sus fuerzas al caer en tierra". Cuando arribó a las costas de Colombia, halló, lo mismo que en Venezuela, la anarquía, que, otra vez, desaharró sus planes. Esos planes eran sabios, admirablemente concebidos. Proponíanse "tomar a Santa Marta, Maracaibo, Coro, y volver por Cúcuta para libertar el sur hasta Lima". "Pero para esto se necesita que todo marche uniformemente y que no se haga nada fuera del plan que me he propuesto, pues en la unidad consiste la mejor parte de nuestros buenos sucesos", escribía el Libertador a Custodio García Rovira en 24 de diciembre de 1814, luego de haberle advertido que, si por parte del gobierno de Cartagena hubiere alguna novedad, él se interpondría para componerlo todo del mejor modo posible, "en inteligencia de que llevando yo todas las facultades que se me deben dar, todo cederá a la política y la fuerza: pero si voy a sufrir contradicciones, por parte de los jefes militares y políticos, la expedición no tendrá el logro que esperamos".

Mas, por desgracia, los de Cartagena malgastaban por entonces sus fuerzas en una lucha civil en que logró el triunfo el bando del Brigadier Castillo, enemigo pequeño pero irreconciliable del gran Bolívar, quien se empeñó a porfía en extremar las artes de la diplomacia para transar sus diferencias con aquel oscuro intrigante y amortiguar la llama del odio que encendía su corazón sin contar que cuando el odio toma la forma de la envidia se hace inextinguible. Este Brigadier Cas-

tillo era el mismo que, en 1813, puso obstáculos sin cuento a la gloriosa campaña de Venezuela, acaso por presentir ya al futuro Libertador, porque las almas poseídas por la tristeza del bien ajeno, aunque fueren de menguada inteligencia, parece que tienen la maravillosa intuición que descubre el mérito oculto, para perseguirlo sin cesar e impedir su éxito. Poco más tarde fué depuesto el enconado Brigadier en su propia plaza de Cartagena y a mano armada, por José Francisco Bermúdez y Diego Bautista Urbaneja.

Lo cierto es que las maniobras de Castillo y su partido, pusieron a Bolívar en un dilema: encender la guerra entre hermanos o renunciar al mando de que estaba investido. Optó, sin vacilar, por la renuncia, y, en mayo de 1815, escribía al presidente de la Nueva Granada:— "Cuando vi que la provincia se perdía por la guerra civil y por la ocupación de los enemigos comunes, y no se auxiliaba al ejército que podía salvarla, sólo porque estaba a mi mando, determiné hacer el último sacrificio que me era posible, determiné separarme de mis amigos y compañeros de armas, de aquellos a quienes yo debía mi fortuna en los combates. El sacrificio del mando, de mi fortuna y de la gloria futura, no me ha costado esfuerzo alguno. Me es tan natural preferir la salud de la República a todo que, cuanto más dolor sufro por ella, tanto más placer interior recibe mi alma. Yo no seré más General; iré a vivir lejos de mis amigos y compatriotas y no moriré por la Patria. Pero habré hecho un nuevo sacrificio: dar la paz por mi ausencia".

De Cartagena pasa Bolívar a la isla de Jamaica, donde otros desengaños lo esperaban. Venía en solicitud de elementos para organizar expediciones, levantar ejércitos, y proseguir sin descanso en sus luchas por la libertad. "Si me hubiera quedado un sólo rayo de esperanza —dice— de que la América pudiese triunfar por sí sola, ninguno habría ambicionado más que yo el honor de servir a mi país sin degradarlo a la humillación de solicitar una protección extranjera. Esta es la causa de mi separación de la Costa Firme. Vengo a procurar auxilios; iré a su busca a esa soberbia capital (Londres); si fuere preciso marcharé hasta el polo; y, si todos son insensibles a la voz de la humanidad, habré llenado mi deber aunque inútilmente y volveré a morir combatiendo por mi patria". Quince días después de su llegada a Kingston se dirige al duque de Manchester, Gobernador de la isla, y le suplica la concesión de una audiencia:—"Tengo el honor de dirigir a V. E. las presentes líneas para participarle que los

sucesos de mi patria me han obligado a venir a esta isla con el objeto de pasar a Inglaterra a emplear mis esfuerzos en procurar a la América un apoyo que la ponga en aptitud de pagar su gratitud con ventaja a sus bienhechores. Yo no me he atrevido a importunar la atención de V. E., hasta el presente, porque he conocido que en la actual crisis el más inocente paso podría considerarse de mucha consecuencia; pero debiendo partir muy pronto, creo de mi deber participar a V. E., se digne concederme el permiso de presentarme ante V. E., cuando sea de su agrado, para tener el honor de ofrecerle mis respetuosos homenajes y pedirle órdenes para la Gran Bretaña". Pero los ardientes anhelos del Caudillo, heláronse ante la fría urbanidad del duque. Nada consiguió: ni armas, ni dinero, ni elemento alguno de que pudiera valerse para la realización de sus proyectos. Justamente resentido, quizá, escribía meses más tarde en la "Royal Gazette", de Jamaica:—"abandonado por el mundo entero, ninguna nación extranjera nos había guiado con su sabiduría y experiencia, ni defendido con sus armas, ni protegido con sus recursos. No sucedió lo mismo a la América del Norte durante la lucha de su emancipación, aunque poseía sobre nosotros toda suerte de ventajas: las tres más poderosas naciones europeas, dueñas de colonias, la auxiliaron en su independencia; mientras que la Gran Bretaña no ha usado de represalias contra aquella misma España que le había hecho la guerra para privarla de sus colonias". El resentimiento sube de punto y agrega—"Todos los recursos militares y políticos que nos han negado a nosotros se han dado con profusión a nuestros enemigos, y, sin citar otros ejemplos, "The Courant", de Jamaica y la "Gaceta de Santiago", de la Vega, copiando de aquél, publican la lista de las armas, municiones y vestuarios que han recibido. . . . Nosotros no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas".

Y como no pudiera obtener del Duque de Manchester los auxilios que le permitieran esgrimir la espada, se refugiaba, infatigable, en la íntima y consoladora región de su talento de escritor, empuñando otra arma no menos temible: la pluma. Aquella pluma que, aún en la alta temperatura de sus pasiones, sabía encender los más puros y luminosos pensamientos, que brillaban, en la sombra de la barbarie, con serena limpidez, como las estrellas del trópico. Pluma que fué escarpelo de filósofo y relámpago de pasión; palabra de prédica y mandato ini-

perativo de acciones heroicas; acero conductor del pensamiento, que organizaba ejércitos, dirigía campañas y cortaba el nudo de las intrigas políticas. Todas las páginas que trazó la pluma del Libertador, así sus cartas, como sus discursos y proclamas, fueron escritos con puño varonil, con letra de pensador y de artista, cuando no de profeta, como en aquella célebre carta de Jamaica a un caballero inglés, en que predice el porvenir de las naciones de Hispano América. Su influencia, para el triunfo de la causa, fué enorme. Y así decía él en plena guerra: —“La imprenta vale tanto como los pertrechos”.

“La mitad de su influencia política con los contemporáneos —escribe Blanco Fombona en su ensayo “Bolívar, escritor”—, debióla a su palabra. Sus amigos, sus émulos, sus adversarios, cuantos se le acercaban, sentían el influjo magnético de aquel hombre a quien se ha definido como “la cabeza de los milagros, la lengua de las maravillas”. Su juramento en el Aventino, en Roma, el año de 1805, no fué sino una declaración sublime ante el polvo de los siglos y los recuerdos clásicos. Su explosión de 1812, en medio del terremoto, entre las ruinas de hogares y templos, sobre los cadáveres de 10 000 caraqueños, explosión “a cuyo lado palidece, como se ha dicho, la imprecación famosa de Ajax de Telamón “aquel desafío delirante a la naturaleza, ¿qué fué sino un rapto de inaudita elocuencia?”. Y páginas más adelante, estampa estos conceptos fundamentales: “esas proclamas, como los discursos, arengas y cartas de Bolívar, fueron, a menudo, en las tinieblas coloniales, cátedra de derecho, lección de política, plantel de ciudadanos. Esos documentos crearon opinión pública, que no había, a favor de la Independencia, y una conciencia nacional. A Bolívar le tocó representar el papel de los Enciclopedistas, de la Convención y de Bonaparte”...

El incognito colaborador de la “Royal Gazette”, que firmaba sus páginas de vibrante propaganda con el seudónimo de “Un Suramericano” transitaba por las calles de Kingston, solo, fracasado, y sin un maravedí. Sentía bullir en su cerebro y en su sangre moza aquella fuerza, que, con ímpetus de torrente, lo empujaba a la acción; pero vallares insalvables lo detenían. Agitábase con el brío tembloroso del potro aprisionado, que ansía beberse los vientos a carrera tendida; sufría la angustiada impaciencia de los grandes ante la limitación de los pequeños; el mismo acerbo dolor de Cristóbal Colón, quien miraba, con vivida claridad, el continente que los otros, en su ceguera, no veían.

y que en vano impetraba, para cumplir su misión, una linio-na de los poderosos. Si, en vano también llamaba el Grande Hombre de un Continente, a las puertas del pequeño duque, Gobernador de Jamaica. El de Manchester permanecía inflexible, encerrado entre sus fórmulas de cortesía británica. Acaso sin advertir que las almas ardientes y sinceras prefieren la negativa clara, que permite buscar otro camino, a la sonrisa ambigua, que, con exquisita cortesía, condena a la inacción y al hambre.

Bolívar, pues, sin un maravedí, volvió la mirada hacia el recuerdo de algunos de sus nobles amigos, de aquellos en cuyo espíritu se mirara reflejado, en justo y clarísimo concepto. Y con fecha 30 de octubre de 1815 escribe a Maxwell Hyslop:—"Ya no tengo un duro: he vendido la poca plata que traje. No me fisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de Ud., sin él la desesperación me forzaré a terminar mis días de una manera violenta, a fin de evitar la cruel humillación de implorar auxilios de hombres más insensibles que su oro mismo". En cuatro de diciembre, vuelve a escribirle:—"Tengo que molestar a Ud. de nuevo con mis súplicas. He salido de la casa donde vivía, porque las locuras de la mujer que me servía, me habían hecho perder la paciencia. Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios, que verdaderamente son injustos; pero como ella es tan maldiciente, tan perversa y tan habladora, no quiero, no quiero que me vaya a ejecutar delante de un juez por tan poco, y me exponga por sus insolencias y ultrajes, a una violencia con ella. . . . Yo no tengo un maravelí, así suplico a usted me haga el favor de prestarme estos cien pesos para pagar a esta mujer, con los cuales serán trescientos pesos que me ha prestado usted". En diecisiete del mismo mes, repite la súplica:—"Contando con las ofertas de usted, me tomo la libertad de molestarle, quizás por última vez. Usted sabe que debo marchar mañana y para esto me faltan algunas cosas, que es necesario buscar, tanto para mí como para trasportar otros venezolanos que llevo, siendo mi primer objeto aumentar las fuerzas de Cartagena. . . . Así suplico a usted se sirva suministrarme el dinero que usted pueda para ejecutar esta empresa, en la inteligencia de que en llegando a Cartagena le pagaré a usted la suma total".

¿Recordaría Bolívar, con aguda nostalgia, en aquellos días de incertidumbre y de miseria, los años de su pasada opulencia? . . . ¿Su educación en el colegio de nobles de Madrid, sus juegos con el Prin-

cipe hereditario de la corona de España, sus viajes por Europa, su vivir de hidalgo fastuoso en los salones de París, sus amores con Fany du Villars, y el oro que derrochaba "a la sola apariencia de los placeres"?... ¿Recordaría también con nostalgia la atmósfera tormentosa de la guerra a muerte, en que surgieron para combatirlo enemigos de la talla de Boyes y Morales, tan diferentes de aquellos pequeños, pero terribles enemigos de ahora, que lo combatían en un ambiente asfixiante, armados de su oro, de su glacial indiferencia, de sus finas negativas y sus menudos alfilerazos?... El amor y la ambición de muy altas empresas, tienen fuerza bastante para embargar el ánimo contristado, para acallar las nostalgias, para enderezar la mirada hacia lo porvenir, para restañar, en fin, las crueles heridas del amor propio. "Amo la libertad de América—había dicho él al Presidente del Gobierno de Nueva Granada—mas que a mi propia gloria; y para conseguirla no he ahorrado sacrificios".

Lo único que el infortunio respetó siempre en Bolívar fue su vida, su fabulosa vida, que parecía conservada por la mano misma de Dios, hasta dar cima a su gloriosa obra. La muerte, en más de una ocasión, se le acercó sin atreverse a herirlo, como en el atentado de Jamaica, y en la sorpresa del Rincón de los Toros.

Desesperanzado ya de sus tentativas en aquella isla, ansioso de acción política y militar, y convencido además de que su presencia en Costa Firme era absolutamente indispensable para la unidad y el éxito de la causa que defendía, se embarca el 18 de diciembre en un buque de la propiedad de Luis Brión, después almirante de la escuadra patriota, y se dirige otra vez a Carragena. Pero como al día siguiente de su partida supiera por noticias de una goleta que tropezara al azar, la ocupación de dicha plaza por la expedición de Morillo, determinó hacer rumbo a la isla de Haití, que, por entonces, gobernaba el Presidente Petión, ferviente partidario de la independencia suramericana.

Inspirado en su amor por la libertad, que conciliara desde los primeros años de la juventud, pues formó parte de la insurrección de Haití en 1790, favoreció Petión a Bolívar con toda suerte de facilidades. Dióle maribos, naves, municiones, armamento, dinero, todo cuanto pudiera necesitar para el equipo de su anhelada expedición. Hizo aún más. No contento con haberle concedido los recursos materiales que estuvieron a su alcance, contribuyó, de manera decisiva, a imponer la autoridad del jefe patriota, "sufocando los movimientos

de discordia que agitaban la pequeña colonia de emigrados, algunos de ellos antiguos émulos de Bolívar", como José Francisco Bermúdez y Manuel Piar.

Entre las innúmeras dificultades que a cada momento ofrecía la discordia, promovida singularmente por "los antiguos émulos" del caudillo, reunióse una asamblea compuesta por todos los emigrados, la cual concluyó por confiar a Bolívar el comando de la memorable expedición. Santiago Mariño fué nombrado segundo jefe; Ducoudray-Holstein, sub-jefe de Estado Mayor; Manuel Piar y sir Gregor MacGregor, fueron designados para el comando de las primeras Divisiones que se formarían; Brión recibió el nombramiento de Almirante de la escuadra; el de Intendente General, Francisco Antonio Zea; y el de Auditor de Guerra, Diego Bautista Urbaneja.

Por fin, lograda ya, siquiera en apariencia, la indispensable unidad de acción, zarpó la pequeña escuadra, entre mil precauciones, de los Cayos de San Luis, el 31 de marzo de 1816. "Fijó su rumbo el Almirante hacia la isla danesa de Santa Cruz, en cuyas vecindades apesó un buque mercante español, y luego marcó su derrutero hacia la Margarita".

Pero el oriente de Venezuela, no fué propicio, en esta ocasión, a los planes estratégicos de Bolívar. Y aunque es verdad que podía contar con la base militar de aquella isla, la que había asegurado desde el comienzo de sus operaciones, vióse después constreñido a abandonar la posición de Carúpano, luego de un mes de obsesiva resistencia, así por la estrecha presión que el enemigo español ejercía sobre él, como por la conducta capciosa de sus lugartenientes Mariño y Piar, los cuales eludían el cumplimiento de sus órdenes, se retardaban en sus operaciones, y hacían el vacío en torno de su jefe. Igual conducta observaron los corsarios que tripulaban las naves de la escuadrilla de Brión.

En vista de esos acontecimientos, decide Bolívar navegar hacia occidente con el propósito de invadir el territorio por las costas de Ocumare, débilmente guarnecidas. Logra desembarcar en ellas el día 6 de julio de 1816, y, ese mismo día, dicta sus órdenes para el comienzo inmediato de las operaciones militares:—"1º El Coronel Souhette, con casi todas las fuerzas, más de 500 hombres marcharía sobre Maracay, con el objetivo de introducir tropas en los Valles de Aragua, según lo consigna este jefe en el primer boletín de su campaña; 2º El Comandante Francisco Piñango, con oficiales y 30 hombres, avanzaría al

pueblo de Choroni para hacer la recluta y ocupar en seguida los desfiladeros de Curucuruma que dan acceso a la planicie valenciana por Maracay.

"Bolívar, con los escasos elementos que conservó a su lado, procuró reunir hombres y pudo engrosar su propio contingente con unos 200 patriotas. Aquí, como en todas partes, no perdía su tiempo y no cabe el reproche que algún historiador le hace, de haberse entretenido en estériles proclamas: sólo una dictó, hoja de propaganda en que anunciaba la libertad de los esclavos, el término de la guerra a muerte y la constitución de un gobierno representativo.

"El día 8, se presentaba Soublette en Maracay y derrotaba al destacamento realista de 60 húsares de Fernando VII, procediendo a tomar las informaciones necesarias a fin de continuar en el desempeño de su delicada misión. Un correo interceptado le demostró la superioridad del enemigo y resolvió replegarse por el camino de La Piedra, al pié de la cuesta de Ocumare.

"Las noticias que obtuvo Soublette eran exageradísimas; lo cierto consistía en las órdenes de Moxó a don Pascual del Real y a Quero, para que avanzaran hacia Ocumare, y la marcha de Morales que como ya lo hemos dicho, se hallaba en Valencia el 6 de julio.

"Impaciente el realista, sin esperar sus refuerzos, atacó en la tarde del 10 de julio a Soublette y después de un tiroteo de dos horas, llegada la noche, se retiró el jefe patriota a las alturas de Aguiacates en buen orden y comunicando lo sucedido al Libertador; Morales, por su parte, regresaba a San Joaquín de Mariara para dar descanso a sus tropas y esperar auxilios.

"Empero, el Brigadier del Real no llegaba y Morales, a quien se había incorporado el Comandante don Manuel Bauzá con tropas que traía de Puerto Cabello, se decidió a emprender el ataque contra las posiciones de Soublette, con los 700 hombres que había reunido. . . .

"En su parte a Morillo, fechado dos días después del encuentro, dice:—"A las doce de la noche del 13 salí con 700 hombres dando la vanguardia con 350, que se componían de dos compañías de la Unión y dos del Rey, al Teniente Coronel don Manuel Bauzá, Sargento Mayor del primer cuerpo, y yo le seguía con el resto del segundo, algunos voluntarios y la caballería del país, previniendo de antemano a este jefe que no se disparase un tiro hasta llegar a las avanzadas enemigas.

"Contra estas fuerzas veteranas debía resistir Soublette que ha escrito al margen de la relación de O'Leary: "La posición era muy buena, los que no eran muy buenos eran los defensores, sobre todo pocos y los oficiales muy malos".

"El Libertador había resuelto auxiliar a Soublette por un doble medio: llevando refuerzos directos a las órdenes inmediatas de Anzoátegui y disponiendo que el Comandante Piñango, que ya tenía un buen destacamento reclutado en Choroni y en Chuao, distrajera elementos de las fuerzas realistas. Pudo Bolívar llegar al sitio de Agucates, pero Anzoátegui, cuyas tropas tenían, además de sus armas y municiones, una provisión extraordinaria de 500 cartuchos, se vió retardado en su penosa marcha por los frágosos caminos de la sierra.

"Al amanecer del 14 de julio se ponían en contacto las avanzadas; a las seis de la mañana se rompía el fuego; a las 7, el Comandante Bauzá dominaba la mitad de la montaña; pero los patriotas resistían y fué preciso que Morales entrara con sus reservas, consumando su triunfo a las 9 y media.

"Los independientes perdieron en la acción un tercio de sus tropas, abandonaron 300 fusiles, municiones, caballería y otros pertrechos, y se retiraron en confusión y desorden, pudiendo, sin embargo, Soublette, llegar al pueblo de Ocumare en la tarde del mismo día 11 de julio...

"Las pérdidas de Morales fueron también de consideración y la fatiga de sus tropas ha debido ser extremada, pues no emprendió la persecución de los fugitivos sino con un gran retardo, llegando ya de noche al sitio del Peladero, a tres leguas de Ocumare, donde instaló su campamento.

"De allí se movió a las 7 de la mañana del 15 de julio y hacia medio día se posesionaba del pueblo y del castillo, guarnecía la plaza y colocaba destacamentos sobre los caminos de Choroni. En la playa desierta, abandonada, recogió mil fusiles empaquetados, 60.000 cartuchos, 6 quintales de pólvora, 32.000 piedras de chispa, balas y moldes para fabricarlas, lanzas y la imprenta obsequiada por el generoso Presidente de Haití; en una lancha que se balanceaba sobre sus amarras en aquella soledad encontró dos carronadas de a 24.

"Qué había pasado?... "Esta banda de hombres delincuentes, dice Morales, que llegaron a la playa de Ocumare, creyéndose absolutos poseedores de Venezuela, que orgullosos y desorientados penetra-

run hasta el mismo Maracay, sin acordarse de que las armas del Rey castigarían sus delitos, han desaparecido como el humo....”

Si lentos y difíciles fueron los preparativos de la Expedición de los Cayos, rápido, como se ha visto, fué el desastre; brusco e inesperado el desengaño. A la derrota de Aguacates, siguió el reembarco de Bolívar y la pérdida de gran parte de los armamentos y municiones que trajera, y que fueron los que halló Morales—junto con la imprenta obsequiada por Petión—en la desierta playa. Entre la confusión y zozobra de cuantos en aquellos momentos lo rodeaban; abandonado por los marinos de la escuadrilla de Brión y sorprendido, además, por la falsa noticia conque vino el Ayudante de Campo Isidro Alzuru de “que las tropas de Morales estaban entrando en Ocumare y que la división patriota se ponía en marcha, precipitadamente, sobre Choroni” no pudo el jefe expedicionario dominar la situación, y vióse en el trance de resignarse a volver a bordo. “El hecho de Ocumare—ha dicho el Libertador—es la cosa más extraordinaria del mundo: fuí engañado a la vez por un edecán del General Mariño que era un pérfido, y por los marinos extranjeros que cometieron el acto más infame dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo, cuando uno de ellos (Mr. Bidlau) volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme”.

Luego de haber hecho cuantos esfuerzos eran humanamente posibles en aquellas circunstancias por unirse de nuevo a sus compañeros de armas, que habían de marchar intrépidos hasta las tierras de oriente, y tras una breve y obligada permanencia en Bonaire, reaparece Bolívar, perseverante y audaz, en aguas de Venezuela. Y “después de errar por diversos puntos de la costa desembarcó en Güiría el 16 de agosto de 1816; pero Mariño y Bermúdez, que allí mandaban y que, según expresa un historiador, aún no tenían motivo para considerarlo como el genio de la independencia, sino de igual a igual, como un simple general en servicio; amotinaron contra él la población y las tropas acusándolo de cobardía y deserción; lo llenaron de improperios, atentaron contra su vida, y lo obligaron a reembarcarse, humillado, pero no abatido, el pecho devorando amargura, el alma henchida de grandeza. Fué este el momento crítico del destino de Bolívar. Cualquiera otro menos grande que él, se habría roto con la ingratitud y la adversidad; pero él sobrevivió a esta prueba. Dirigióse de nuevo a Haití, proscrito,

pobre, destituido de todo recurso, sin más fortuna que la constancia y el genio, a implorar por segunda vez la generosidad de Petión".

A más de su amor por la libertad, sentía el Presidente de Haití una secreta admiración hacia Bolívar. Por una alta simpatía intelectual, adivinaba ya, a pesar de la estela de infortunio que iban dejando los pasos del Caudillo, las futuras y definitivas glorias de aquel a quien sus contemporáneos aún no tenían motivos para considerar "como el genio de la independencia, sino de igual a igual, como un simple general en servicio". Y es porque sólo dos sentimientos opuestos del corazón humano, pueden esclarecer la sombra en que se oculta el genio: la simpatía con su luz serena, o la envidia con su hoguera inextinguible.

Volvió pues, Alejandro Petión a armar el brazo de Simón Bolívar, y concedióle nuevos fusiles, nuevas municiones, y otras naves para surcar los mares. En 21 de diciembre de 1816, desplegaron velas las atrevidas embarcaciones en el puerto de Jacquemel y el día 31 del mismo mes, anclaban en costas de Barcelona. Otra era la situación de Venezuela al desembarcar Bolívar en aquel último día del año. La incesante propaganda de los patriotas, el vivo recuerdo de las recientes crueldades de Boves y de Morales, más el duro sistema opresor de Morillo y de su lugarteniente Moxó, habían efectuado un cambio en la opinión. Una vez en tierra, inicia, con su extraordinaria actividad, la tercera de sus cruzadas redentoras. Después de la derrota de Clarines y de otros combates sin éxito, resuelve abandonar el teatro de operaciones en aquellas tierras, deja la ciudad de Barcelona con una guarnición de setecientos hombres al mando del intrépido General Pedro María Freites—el mártir de la Casa Fuerte—y marcha hacia Guayana a dirigir personalmente la guerra en esta provincia, que debía ser base inamovible de las expediciones militares y del triunfo de la independencia. En ella prepara hábilmente la toma de Angostura, cuyo sitio estrechaba cada vez más José Francisco Bermúdez; lucha con sin par denuedo, y, a la llegada de la escuadrilla de Brión, logra por fin ocupar la ciudad, que evacuaron las tropas del Rey el 17 de julio de 1817.

Pero aún lo esperaba, en muy próximos días, el último de sus grandes infortunios militares: la batalla de Simón, Sabedor Morillo, que estaba a la sazón en Margarita, de la toma de Angostura, marcha a Calabozo, y concentra allí sus fuerzas, en expectativa de los movimientos del Libertador. Hacia fines de 1817, había pensado éste invadir los llanos del Guárico; pero como el ejército patriota, que con-

fiara a Zaraza, fuese derrotado en el sitio de La Hogaza, viose obligado a replegarse a Guayana, donde, gracias a su ánimo vigilante, y a los numerosos recursos con que ya para entonces contaba, prontamente se rehizo. Y a principios de 1818, emprende cautelosamente su marcha hacia la región de Apure con el designio de unirse a las huestes de Páez, que señoreaban aquellos parajes. Pudo efectuar la deseada reunión en el hato de Cañafistola; pasó luego el río Apure en las flecheras que, audazmente, arrebatara Páez al enemigo, y a la cabeza de todo el ejército unido, que alcanzaba a tres mil quinientos hombres, libre operaciones contra el realista, acampado en Calabozo.

Avanzan los patriotas en esta campaña con marcha rápida, segura y audaz. En tres días, dejan a sus espaldas ciento ochenta kilómetros. Todo parece presagiar el triunfo. El doce de febrero sorprenden a Morillo en Calabozo, y, en vertiginosa acometida, caen sobre él, y destruyen su caballería. El jefe realista, sin volver de su sorpresa, queda encerrado en la plaza de Calabozo, bajo la vigilancia del cuerpo que comandaba el oficial Iribarren. Pero este se adormece y Morillo, al favor de la noche, logra salir de la plaza. Sus tropas abatidas huyen en desorden a Valencia. Bolívar avanza y ocupa a La Victoria y Maracay, pensando acaso que Morillo iría a esconderse en Puerto Cabello y que allí podría encerrarlo de nuevo; pero de pronto, toma éste la ofensiva, ocupa a la Cabrera y aceleradamente marcha sobre Maracay, mientras La Torre se apoya en Las Cocuizas, para cubrir el camino de La Victoria a Caracas. Amenazada así en tres direcciones, la posición militar de Bolívar se hace insostenible; el 15 de marzo sale de La Victoria, y, tras una noche de marcha forzada, llega a Villa de Cura. Al saber, a las dos de la madrugada, que el enemigo se acerca, levanta el campamento, y, al rayar el alba, luce alto en el campo de Semen.

Después de repetidos encuentros parciales, se traba al fin, al mediar el día, el combate formal. El batallón español Barinas ataca de firme; enseguida una parte del Victoria ataca, a su vez, al cuerpo de infantería patriota La Guardia, compuesto por los batallones Línea o Fusileros, y Cazadores; pero carga hiosamente el batallón Murgas y queda el campo por los patriotas. Morales, que avizora en silencio, se da cuenta del peligro, y acude presuroso con el resto del Victoria, rehaza a Fusileros, y, uniéndose al Barinas, que iniciara el combate, espera al enemigo en la llanura. Caen allí sobre él los bata-

llones Barcelona, Valeroso y el mismo Fusilero, a la vez que la caballería, al mando de Vásquez, carga a punta de lanza. Ante el formidable empuje de aquella embestida simultánea de infantería y caballería, vuelven las espaldas los soldados de Morales y se retiran en confuso tropel. El escuadrón español Dragones logra por un momento, con firme bizarría, contener a Vásquez; mas, los caballos de Monagas todo lo arrollan en su empuje y cunde la derrota en las filas españolas. Pero en este momento decisivo, aparecen en el campo, sin que nadie los esperase, los soldados del propio Morillo, y arremeten contra los triunfadores. Primero atacaron los batallones Unión y Páridos de Valencia; y luego, cuando los patriotas, sorprendidos por el golpe inesperado, retroceden en desorden, carga Morillo en persona a la cabeza de su escuadrón de caballería montada, y divide y confunde al enemigo. El batallón español Unión pasa velozmente el riachuelo Semen, mientras vuelan las cajas del pertrecho a retaguardia del ejército patriota, y éste pierde definitivamente la victoria que poco antes alcanzara.

Novecientos fusiles, cien cargas de municiones, cuatrocientos muertos y quinientos heridos, quedan tendidos sobre el campo. . . .

Hemos dicho antes que la Batalla de Semen fué el último de los grandes infortunios militares de Bolívar. Pero la reacción moral de aquel infortunio, fué violenta, y sobre todo, fecunda cual ninguna. De ella arranca la más genial de sus concepciones: la campaña de Nueva Granada en 1819, que cambia bruscamente el curso de la guerra y la suerte de los acontecimientos. Tramonta él la cordillera de los Andes por el páramo de Pisba; desciende, como un alud, por la opuesta vertiente. Combate en Cámeza, Bonza, Pantano de Vargas, y culmina en la victoria decisiva de Boyacá, que dá libertad a aquella porción del continente, echa las bases de la Gran Colombia, consolida la autoridad del Libertador, y cuyas enormes proyecciones alcanzan, en inmediato porvenir, hasta los triunfos decisivos de Carabobo en 1821, de Pichincha en 1822 y de Ayacucho en 1824, donde el General Antonio José de Sucre, después de una admirable retirada desde el Apurímac hasta Huamanga, vence al ejército del Virrey Laserna, consumando así la independencia del Perú, último refugio de la denominación española en América.

"El Libertador no estuvo en Ayacucho—ha escrito el gran Mariscal—pero sí en el corazón de los que allí combatimos; y cuando la victoria huía de nuestras filas, invocamos su nombre y ella coronó nuestros esfuerzos".

LAS SERPIENTES DE LAOCOONTE

III

En último recurso la Europa me servirá de
asilo contra la ingratitude y la guerra civil.

BOLIVAR.

“Yo conozco los caminos de la victoria y los pueblos viven de mi justicia”, pudo decir un día el glorioso Redentor. Y aquella su implacable voluntad de vencer—a quien el hada de la adversidad había desligado, desde los años iniciales de la vida, de todo vínculo familiar o sentimental que pudiera desviarla del cumplimiento de su misión—afirmaba ya su imperio absoluto, hacia el año de 1825, sobre los hombres y los dilatados territorios de su mando. La voluntad que se irguió en el juramento del Monte Sacro; sobre los escombros del terremoto de 1812 y en la rotunda exclamación de Pativilca, había cumplido su promesa. La voluntad que supo hombrarse con el destino en el dilema de esta frase: “Libertador o muerto”, había dado libertad a cinco naciones. Amamantada por la adversidad, fortalecida por ella en el ejercicio de todos los dolores, hasta revestirla de la suprema grandeza moral que la distingue en la historia, la infatigable voluntad que se llamó Simón Bolívar, aún había de ganar—después de haber vencido a todos los elementos extraños—otra victoria no menos angusta; la de vencerse a sí mismo, hasta el supremo sacrificio.

Realizada ya la obra de la Independencia, cumplido su destino de Libertador, el íntimo deseo de Bolívar es retirarse a la vida privada. “Yo no quiero mandar más”, dice en 1826. Siente que su espíritu no es el mismo de otros tiempos. A despecho de sus enormes reservas de energía, le falta ahora aquella convicción profunda e inquebrantable, aquel entusiasmo ilusionado, que lo llevaron en sus alas hasta la cumbre de los Andes. Pero sus compatriotas le exigen el último y más

grande de los sacrificios: que permanezca en el ejercicio del poder supremo para dominar la discordia y mantener la integridad de la Gran Colombia. La profética previsión de su sentido político, lo hace desconfiar de la eficacia de sus esfuerzos; no le permite esperar con certidumbre el fruto de aquel sacrificio, y, sin embargo, se apresta a reñir: nuevas batallas—más cruentas y menos brillantes que las primeras—contra su propio y perdurable desengaño.

Dos procesos paralelos observamos en el período que se desenvuelve de 1826 a 1830. Uno, el que pudiéramos llamar político y colectivo; otro, que es puramente psicológico e individual. El primero principia visiblemente con la insurrección de Páez en 1826 y termina con la desmembración de Colombia; el segundo, comienza con los primeros desengaños del Libertador—vinculados a aquella misma insurrección—y acaba en los días luctuosos de Santa Marta, con el último aliento del Padre de la Patria.

El cuadro de anarquía, hecho de mezquinas ambiciones e incesantes revueltas, que, a partir de la Independencia, nos presentan las Repúblicas creadas por Bolívar, es ruinoso y desolador. A fines de 1826 una mentida asamblea popular proclama la separación de Venezuela de la Gran Colombia, reconoce a Páez como Jefe civil y militar del país, y dicta un decreto para la reunión de un congreso constituyente. Al año siguiente, 1827, Santander se pone resueltamente al frente del partido de oposición, hace activa propaganda para que la Nueva Granada rompa el pacto de unidad con Venezuela y el Ecuador, y sostiene periódicos para que vituperen y calumnien al Libertador. Capitaneada por el oficial Rustamante, se subleva en Lima la tercera división colombiana auxiliar en el Perú, hace presos a sus jefes y oficiales, y los remite luego a la fortaleza del Callao. A poco, la misma división invade al Ecuador, ocupa a Guayaquil, y a la cabeza de este movimiento queda el General José de La Mar. Restablecidos al fin la tranquilidad y el orden constitucional en Guayaquil, la onda de la discordia no se detiene. En 1828 el General José Padilla, comandante de marina, subleva las tropas de Cartagena, revuelve al populacho, logra deponer a los gobernantes, fieles a Bolívar y a la unidad de Colombia, y se apodera del mando. De uno a otro punto, donde quiera que se hace indispensable su presencia para sofocar motines o revoluciones, marcha el Gran Caudillo, espada en mano; pero todo es inútil.

En ese mismo año escribe a Páez:—"Es una evidencia para mí la destrucción de Colombia si no se le dá al gobierno una fuerza inmensa capaz de relucir contra la anarquía que levanta mil cabezas sediciosas. Después de diecisiete años de combates inauditos y de revoluciones, ha venido a parir nuestra madre patria a una hermania más cruel que Megeira, más parricida que Júpiter y más sanguinaria que Belona: es la anarquía. Me estremezo al contemplar el cuadro horrible de nuestra perspectiva. Nos vamos a sepultar entre las ruinas de la patria".

Para remedio de tantos males, se reúne la Convención de Ocaña. Al instalarse el cuerpo de los Representantes de Colombia, le dirige el Libertador un mensaje, en que insiste en las mismas ideas que expresara a Páez:—"Legisladores—les dice—ardua y grande es la obra que la voluntad nacional os ha sometido. Salvaos del compromiso en que os han colocado vuestros conciudadanos, salvando a Colombia. Arrojad vuestras miradas penetrantes en el recóndito corazón de vuestros constituyentes; allí leeréis la prolongada angustia que los agoniza. Ellos suspiran por seguridad y reposo.... Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria". El partido de Santander, de grande ascendiente en la Convención, se dá a interpretar maliciosamente las recomendaciones indicadas en el mensaje de Bolívar, como un designio tiránico, cuyo único objetivo era establecer en Colombia su poder absoluto, y, al decidir la asamblea, por votación unánime, la reforma de la constitución, propone aquel partido que se adopte el sistema federal, opuesto a las convicciones políticas del Jefe de la República y adecuado en aquellas difíciles circunstancias para fomentar la discordia. No llega a tanto, sin embargo, la mayoría de la Convención, y sanciona, en principio, que "el Gobierno de Colombia, en sus tres poderes, sería unitario; que su administración se mejoraría haciéndolo más eficaz la acción del Ejecutivo en todos los extremos de la República; y que para facilitar la consecución de estos fines se establecerían asambleas en las divisiones territoriales con las facultades que les dieran la constitución y las leyes". Inspirándose en estos principios, debia elaborar la comisión nombrada al efecto el proyecto de ley fundamental; pero el diputado Azuero, miembro de la comisión y acérrimo partidario de Santander, logra imponer en ella un proyecto que habia elaborado de acuerdo con las miras de su partido, y en el cual, a la vez que se extremaban las libertades individuales, se reducía la acción

del gobierno, despojándolo de la fuerza indispensable para sostener el respeto de las leyes y mantener el orden público. Ya en discusión el proyecto de Azuero, presenta el diputado Castillo, amigo y partidario de Bolívar, un segundo proyecto, opuesto al anterior. En la discusión que sobreviene, apasionada y tenaz, chocan violentamente ambos partidos, se multiplican las invectivas, las injurias personales, y el de Bolívar, sintiéndose al fin oprimido por una mayoría, soberbia de su preponderancia, más atenta a los intereses partidarios que a la conveniencia nacional, decide separarse del Cuerpo y este se disuelve por falta de quorum. Lo que se esperaba como remedio, vino así a resultar nuevo tósigo. Del campamento militar, se extendía la discordia al hogar de la ley, asiento mismo de la soberanía.

Y como viera el Libertador que la virtud de la ley no sería amparo, en aquella complicada situación, contra el asalto de las turbas anárquicas, acepta la dictadura, que, en hora trágica, el voto de sus pueblos le ofrece. Es éste para él—a causa del estado de espíritu que lo aflige—el más abnegado, quizás, de los sacrificios que pudiera hacer por la patria, y, en manera alguna, su renuncia definitiva del poder ante el Congreso de 1830. Es éste el instante solemne y decisivo en que, dominando con férrea energía, su cansancio, su tristeza, y su ya incurable desengaño, se impone el deber de oír las súplicas de sus conciudadanos para que salve el orden y la integridad de la República, realizando así uno de los actos de mayor grandeza moral en aquellos últimos años de su existencia. Porque su más profundo y ardiente deseo—tantas veces repetido—era separarse del mando. De él se hubiera desprendido ya con sincero alborozo, si “los legisladores de Colombia no me hubieran forzado—escribe en su mensaje al Constituyente del año 30—a sobrellevar una carga que me ha abrumado más que la guerra y todos sus azotes”.

Pero ante aquel acto de grandiosa abnegación, las ambiciones enardecidas de los arribistas a ultranza, que asoman por todas partes, claman contra el Libertador, llamándole “déspota, usurpador, hipócrita”. El partido de Santander, acallando todo escrúpulo, se arma con puñal asesino en la noche del 25 de setiembre. Para colmo de infortunios, sobreviene luego la guerra fratricida con el Perú, cuyas tropas habían invadido el territorio de Bolivia, y amenazaban a Colombia. De acuerdo con los peruanos, los Coroneles José María Obando e Hilario López, se declaran en rebelión contra la autoridad

de Bolívar. . . . Y después de una efímera paz, mientras el Dictador restablecía su ya quebrantada salud en el pueblo de Santay, alza de nuevo el General José María Córdoba "la bandera de la discordia", pidiendo el término de la dictadura y el restablecimiento de la constitución de Cúcuta.—"¿Qué haremos—interrogaba Bolívar en 1829—qué haremos con estos Generales conspiradores? . . . Esto no tiene remedio". Y otra vez volvía a pensar en su renuncia, en su renuncia definitiva e irrevocable.

"Esto no tiene remedio" . . . ; Dolorosa y única verdad! La Gran Colombia iba muriendo—día tras día—, y, con ella, iba muriendo su Libertador. La anarquía y la calumnia le oprimían el corazón, lo ahogaban, como las dos serpientes de Laocoonte. El proceso de los males que sufría su espíritu, podemos observarlo—año por año—en las cartas correspondientes al período final de su existencia. En ellas nos parece oír las vibraciones de su propia voz; los acentos más profundos de aquella amarga tribulación que lo llevó al sepulcro:

"Estoy rodeado de calumnias" (15 de Noviembre de 1826).

"Yo estoy cansado del mando, envejecido, y aún fastidiado de todo" (9 de Abril de 1827).

"En último recurso la Europa me servirá de asilo contra la ingratitud y la guerra civil" (15 de Enero de 1828).

"Miserables, hasta el aire que respiran se los he dado yo, y soy yo el sospechado, y despreciados mis amigos y parientes. Está bien" (23 de Abril de 1828).

"Desde el movimiento de Valencia yo vi el país perdido y cada día lo veo acercarse al precipicio último" (22 de Mayo de 1828).

"Me encuentro en el tremendo momento de la calma del despecho" (22 de Mayo de 1828).

"¿Quién sujetará en Colombia la ambición, la perfidia, los puñales, la anarquía?" (7 de Julio de 1829).

"Yo veo hoy a la América como un inmenso caos de pasiones, de dificultades y de desórdenes; y mi imaginación se pierde al contemplar hasta qué punto puede llegar nuestra fatalidad" (6 de Julio de 1829).

"Luego que se asegure la paz me iré, a ver si puedo conseguir que me dejen a mí también en paz, peruanos y colombianos, concediéndome este miserable resto de vida sin agonías y sin el martirio de ser considerado tirano" (7 de Julio de 1829).

"No hay derecho para exigirme que expire en la cruz" (3 de Setiembre de 1829).

"Yo estoy envejecido, enfermo, cansado, hostigado, calumniado y mal pagado. Yo no pido por recompensa más que el reposo y la conservación de mi honor: por desgracia es lo que no consigo" (20 de Setiembre de 1830).

Al instalarse el Congreso constituyente de 1830, movido el Libertador por su impaciente deseo de separarse para siempre del mando y de no ser nuevamente electo Presidente de la República, dice en su mensaje a aquel alto Cuerpo:—"La República será feliz si, al admitir mi renuncia, nombráis de Presidente a un ciudadano querido de la Nación: ella sucumbirá si os obstináis en que yo la mandara... Oid mis súplicas; salvad la República: salvad mi gloria que es de Colombia". Y a pesar de la sostenida resistencia que el soberano Congreso quiso oponer a sus propósitos, impone él su sincera voluntad y se retira, al fin, a la vida privada, que tanto deseaba.

Pero no encuentra en ella, ni reposo para su cuerpo, ni paz para su espíritu doliente. La enfermedad que ya padece, lo quebranta. La desmembración de Colombia, lo atormenta sin cesar. Por los días que precedieron a su retiro, ya se había separado Venezuela del pacto unitario. Meses más tarde, vino la separación del Ecuador. Su inteligencia de político, comprende que aquella desmembración es inevitable y aún necesaria en lo presente; pero su sensibilidad paternal se conmueve dolorosamente al ver rota su hermosa creación, y sin más esperanza de reconstruirla que el incierto y remoto porvenir!...

Hasta el melancólico silencio de su aislamiento, llega el ¡hurra! de sus enemigos y el clamor de sus insultos. Llega también una noticia fatal, que le desgarrá el corazón: la muerte de Sucre: el discípulo predilecto, alevosamente asesinado en la selva de Berruecos. Poco antes de partir hacia las tierras del Sur en busca de su hogar, había escrito al Libertador una carta "inspirada por el más tierno afecto", llena de una tristeza contenida, en que palpita el presentimiento de una despedida eterna. Ante la muerte inesperada del Gran Mariscal, el más sincero y el más grande de todos sus amigos, exclama el Libertador: "¡Santo Dios, se ha derramado la sangre de Abel!". Y siente que la melancolía de su aislamiento se hace más intensa, que su enfermedad lo quebranta aún más. "Esta noticia me ha causado tal sensación—escribe a Flores—que me ha turbado verdaderamente el es-

píritu, hasta el punto de pensar que es imposible vivir en un país donde se asesina cruel y hárbaramente a los más ilustres generales, cuyo mérito ha producido la libertad de la América. . . . Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío".

Si, Herido por la incomprensión y la ingratitud, había querido alejarse, una y otra vez, del territorio de los países que antes integraron su patria política, la Gran Colombia. Pero más que el progreso de su enfermedad, lo retuvo, en todo caso, el estado lamentable de su pobreza. En Mayo de 1830 escribe—desde Guardas—a su sobrino don Gabriel Camacho:—"Al fin he salido de la Presidencia y de Bogotá, encontrándome ya en marcha para Cartagena, con la mira de salir de Colombia y vivir donde pueda; pero como no es fácil mantenerse uno en Europa con poco dinero, cuando habrá muchos de los sujetos más distinguidos de aquel país, que querrán obligarme a que entre en la sociedad de alta clase, después que he sido el primer magistrado de tres Repúblicas, parecerá indecente que vaya a existir como un miserable".

Mas no tanto la pobreza, que, a pesar de todo, sabía él sobrellevar con hidalgo desprendimiento. Sino que en estos últimos meses de su vida, no hubo sufrimiento, por grande que fuese, que no viniera a lacerar su noble espíritu: la disolución de Colombia, el destierro de su patria nativa, la muerte de Sucre, el abandono de muchos de sus amigos, el recuerdo tenaz de la noche de Setiembre, la calumnia, la pérdida irreparable de la esperanza. Y así, sobre la cúspide de la más angustiosa amargura, exclamaba:—"Yo no quiero sufrir más. . . . Se acabó todo para mí". Su corazón agonizaba, atravesado por las siete espadas de la Dolorosa.

Tan agudos y repetidos pesares, hieren profundamente la salud del Libertador, y desatan el proceso de una enfermedad mortal, que aniquila, en breve tiempo, su naturaleza ya fatigada por quebrantos anteriores. Pues en el año de 1829 escribía, desde Guayaquil, a José Fernández Madrid:—"Parezo un viejo de sesenta años, tal me ha dejado el último ataque que he sufrido, y tal me tienen los libelos con que me regalan diariamente". Y a José Manuel Restrepo en el mismo año:—"Acabo de salir de una grande enfermedad de bilis negra, me vino del grito simultáneo contra mí, de uno a otro polo. Y quiere Ud. que yo continúe haciendo el papel de Jesucristo, sin ser Dios?". Ya para fines de 1830 dice a Mariano Montilla:—"Mis males van de

mal en peor, ya no puedo con mi vida, ni la flaqueza puede llegar a más. El médico me ha dicho que pida un huque para ir a Santa Marta o Cartagena, pues no responde de mi vida dentro de poco". Y cada día, presenta su enfermedad un aspecto más grave.

Pero los dardos emponzoñados de los "demagogos", sus enemigos de siempre, siguen, implacables, cayendo sobre él. Algunos de esos enemigos, los más encarnizados, profieren amenazas de muerte. Ante el incendio de las pasiones armadas, de pecho a los dardos de sus perseguidores, el Grande Hombre va alejándose lentamente, sin que turbe su espíritu la ignominia del miedo. Y en verdad os digo, que otro César en desgracia que no hubiera sido el Libertador no habría sabido retirarse a su postrer refugio con tanta majestad, paso a paso, como un león hastiado. Hasta que destruido su organismo por el mal que lo consumía, llega a Santa Marta, la tierra de su último suspiro, de aquel último suspiro, que en mejores tiempos, había querido exhalar sobre el campo de batalla, por el triunfo perdurable de la Libertad.

Apenas en Santa Marta, la imagen del campo lo atrae. Ansia respirar el aire puro, reposar la mirada sobre la paz de la naturaleza. Abandona entonces la ciudad, y sale para la quinta de San Pedro Alejandrino, adonde llega en la tarde del seis de Diciembre. Tras una fugaz mejoría, la gravedad lo hierde de nuevo, y agota la débil reserva de sus fuerzas. Sintiendo morir, congrega a los pocos amigos que lo acompañan en su destierro, dicta su testamento en que dispone que sus restos mortales sean depositados en la ciudad de Caracas, la cuna de su nacimiento y el amor de sus amores. Dirige la palabra postrera a sus conceidalganos, en que hace votos por la felicidad de la Patria, declara que no aspira a otra gloria que a la consolidación de Colombia; y cual cifra y compendio de su grandeza moral, perdona a sus perseguidores que lo han "conducido a las puertas del sepulcro". . . .

La vida del Libertador se extingue por momentos. Y en aquel último crepúsculo de sus días, una augusta serenidad estoica desciende sobre la herida de la ingratitud, sobre la desesperanza de su corazón.